

¿QUÉ ES UN SIGNO?

Cuando un niño le ofrece a su mamá una rosa en el día de la madre, ese gesto (ofrecer) que se apoya en un *elemento* (la flor) tiene un *significado* (en realidad muchos significados): afecto, agradecimiento, recordación, cariño...

Signo -en general- es una realidad sensible (gesto, actitud, objeto, cosa...) que significa "algo" muy distinto y siempre, mucho más importante.

Una flor es un elemento natural simple; un apretón de manos, un abrazo, una sonrisa, son gestos sencillos, casi corrientes... ¡qué mensaje inmenso, invaluable, pueden encerrar!

El hombre tiene esa cualidad extraordinaria: por hacer de un objeto un símbolo y de una acción un rito.

Los signos son de tres clases: naturales, convencionales y simbólicos.

**Naturales:*

Surgen de la misma naturaleza de las cosas: el humo "significa" que hay fuego.

**Convencionales:*

Dependen exclusivamente de la voluntad humana: la bandera de una nación; el "significado" de los colores del semáforo.

**Simbólicos:*

Dependen de la voluntad del hombre pero se apoyan en la naturaleza del elemento utilizado: el agua del Bautismo se utiliza y "significa" la purificación por decisión de Cristo, pero la naturaleza del agua lleva en sí la idea de limpieza, de purificación.

Los signos litúrgicos son simbólicos: poseen un "significado" que estableció la tradición bíblica, el mismo Cristo o la Iglesia (como veremos) y a la vez se apoyan en la naturaleza de los elementos utilizados (agua, pan, vino, gestos, vestiduras, colores, palabras, ceniza...).

Dentro de su gran variedad, los signos litúrgicos siempre quieren significar (simbolizar) la salvación que Dios realiza con los hombres por medio de Cristo dentro de la Iglesia.

A través de los signos sensibles - apropiados a nuestra naturaleza humana-, Cristo mismo - en la liturgia de la Iglesia- realiza la doble finalidad del culto cristiano: *glorificar a Dios y santificar al hombre*.

Necesidades de los signos

Cuando Juan Pablo II visitó nuestro País, le regalaron un poncho, un sombrero de gaucho y "le hicieron tomar mate". Estas cosas son "típicas" de nuestro país, son signos de nuestra cultura.

Para expresar el amor, la amistad, el cariño, los conocidos se dan la mano, los amigos se abrazan, los padres besan a sus hijos. Cuando celebramos un cumpleaños hay flores y regalos; no falta la torta con las velitas, la música, el canto "que los cumpla feliz".

Nos comunicamos no sólo con palabras sino también con gestos y actitudes que muchísimas veces "dicen" más que palabras; "simbolizan" mejor "lo que sentimos".

¿Por qué es así? Porque los pensamientos y sentimientos más profundos no se pueden "encerrar en las palabras". "No encuentro palabras", "me faltan las palabras", solemos decir. ¡Cuántas veces la alegría, el dolor, la compasión fraterna, nos dejen "sin palabras"!

Esta necesidad del lenguaje simbólico es aún mayor tratándose de la religión: se trata de "hablar" con Dios y sobre todo, de "escuchar" a Dios, de recibir su acción salvadora. Por eso toda religión tiene sus signos, símbolos y ritos.

Los católicos tenemos los nuestros: la señal de la cruz, el sagrario, la misa, los sacramentos - a los que definimos como "signos eficaces de la gracia" -. En resumen, una gran cantidad de palabras, gestos, actitudes, objetos y elementos naturales (luz, agua, sal, aceite, cirio, incienso...) con los que realizamos nuestra liturgia.

La liturgia es un conjunto de signos sagrados.

El valor de los símbolos

“Fume este cigarrillo y será feliz”; “use este desodorante y será irresistible”; “compre este auto y formará parte del sector privilegiado de la sociedad” ... La propaganda quiere imponernos símbolos arbitrarios y engañosos de bienestar y felicidad.

Sin embargo, el lenguaje simbólico es la mejor forma –a veces la única –de expresar lo más profundo de la vida: el amor, la alegría, el dolor, el deseo de felicidad, la fraternidad, el sentido de comunidad, la esperanza, la fe.

Cuando ante el sufrimiento de un amigo lo abrazamos o lloramos con él, ese gesto “habla” mucho más que una multitud de palabras.

También las palabras –en ciertas ocasiones- superan su estructura “lógica” y adquieren “valor simbólico”. Cuando un enamorado le dice a su chica: “te amo”, no se trata de una simple información. Esas palabras son un símbolo: dicen, expresan amor y además producen amor, hacen crecer el amor. Esto es de enorme importancia: el valor del símbolo radica en que no solo “dice”, “expresa”, “significa”, sino también hace, produce, realiza la cosa significada.

En el mundo simbólico “decir es hacer” y “hacer es decir”.

Por eso la liturgia se compone de palabras, pero también de gestos, posturas, acciones y se sirve de objetos (cáliz, vestiduras...) y elementos naturales (pan, vino, agua, aceite...). Estos son como “vehículos”, “canales” por donde aparece el símbolo.

¿Para que sirven los símbolos? En este mundo donde todo se mide por su utilidad práctica, un beso “no sirve” para nada y una flor no se puede comer... pero ¿qué sería un mundo sin besos ni flores?

Cómo interpretar los símbolos

Hay símbolos universales: en todas partes del mundo se entiende que significa al sonrisa.

Pero lo corriente es que cada país, cada sociedad, cada “grupo” tenga sus propios signos.

Ofrecer un mate tiene significado en nuestro país (sobre todo en el interior), pero ¿qué le dice el gesto a un europeo o a un oriental? Para esas culturas ese gesto es “insignificante” (no tiene valor de signo, no encierra simbolismo).

Para entender lo que “dicen” los signos hay que ser un “iniciado”: conocer, sentir, experimentar el simbolismo de los signos. No podemos vivir la liturgia sin esta elemental iniciación.

La vela sirve para alumbrar, ¿por qué, entonces, el despilfarro de encender velas sobre el altar estando el templo iluminado por lámparas eléctricas?

Esa vela significa otra cosa al mero iluminar físico. Comunica una idea, transmite un mensaje: Cristo es la luz. Pero esa expresión: “cristo es la luz que ilumina a todo hombre...” (Jn. 1,4), quiere expresar acerca de Cristo todo lo que la luz (el sol) implica para la vida en todas sus formas.

Vemos que el simbolismo trasciende la apariencia física, sensible de los objetos y elementos (signos) en que se apoya. Por eso necesitamos hacer el esfuerzo de “ver más allá” si queremos conocerlo, valorarlo, gustarlo.

El agua puede ser una fórmula química (H₂O) o el elemento natural para saciar la sed... pero también es fecundidad, vida, alegría, poesía...

El artista, el poeta ve el mundo con otros ojos; el enamorado todo lo ve diferente, resplandeciente... También el creyente (con los ojos de la fe), ve a la naturaleza, al hombre, a la historia, “cantar las maravillas de Dios”.

Para gozar de este privilegio hay que hacerse niño y nacer de nuevo por el agua y el Espíritu.

“Te doy gracias Padre, porque ocultaste estas cosas a los sabios y las manifestaste a los humildes de corazón”, decía Jesús.

Los símbolos en la Biblia

Los signos sagrados de la liturgia no son improvisados o arbitrarios. El pueblo cristiano (la iglesia) recoge sus símbolos de la tradición que se remonta a ¶ ispa y al Antiguo Testamento.

La nube , el fuego, el trueno y el huracán, la brisa suave, la montaña, el desierto, el tabernáculo... son símbolos de la presencia de Dios. Los salmos hablan de Dios y con Dios mediante un rico lenguaje simbólico (vease por ejemplo el salmo 29).

En la ¶ ispa, se recurre constantemente al simbolismo de las tinieblas, la luz, el fuego, el agua, la sael arbol, la leche y miel, el pan y vino, la noche, el cielo...

¶ ispa vivió inmerso en este rico mundo simbólico y ritual de Israel: fue circuncidado (Lc 2,21.); acudió al templo de joven (Lc. 2,41-50); comió la cena pascual con sus discípulos (Mc. 12, 22-25).

Además, ¶ ispa mismo produjo una serie de gestos simbólicos: se dejó bautizar por Juan Bautista en un rito de penitencia de tipo popular y profético; comió con pecadores para simbolizar que su reino era un reino de misericordia. Hizo muchos milagros –signos- para anunciar que el Reino ya había comenzado; lavó los pies a los discípulos para significar hasta que punto los hermanos debían servirse entre sí. Al hablar del juicio final puso a los hombres como jueces del último ¶ ispa para expresar que él se identificaba con ellos.

Las parábolas están llenas de símbolos que han pasado a ser populares: el hijo prodigo; el buen samaritano; el buen pastor; la vid; la luz y la sal; la levadura; el sembrador; el trigo y la cizaña; la gallina que cuida a sus polluelos...

Toda la creación le sirve a Dios para manifestarse a su criatura; por su parte, el hombre percibe la gracia en los gestos y elementos más rudimentarios, más familiares de la vida y los utiliza para elevarse hasta Dios.

Dios ofrece signos: Jesucristo

Todos los signos de la liturgia hacen referencia a Jesús. ¿por qué? Porque Jesús es el gran signo de Dios, es el sacramento del padre.

Todos los hombres pueden hallar a Dios a través de sus huellas en la naturaleza.

También reflexionando sobre el sentido de la vida humana. Dios no se oculta para quien lo busca con un corazón sincero. De echo, así ocurrió en la historia del hombre: siempre el hombre a buscado a Dios y lo ha representado en mil símbolos de la naturaleza.

Pero Dios en su bondad, un día tomó la iniciativa y decidió manifestarse, darse a conocer, revelarse.

Eligió a Abraham y con él formó al pueblo de Israel, como una señal de Dios en medio de las naciones, un símbolo. El Antiguo Testamento narra el largo peregrinar de Israel.

Finalmente Dios envió a su propio hijo para que se hiciese hombre y acompañase a la humanidad al encuentro consigo. Cristo es el lugar del encuentro por excelencia: en el Dios está de forma humana y el hombre de forma divina. Jesucristo es el gran signo de Dios, el sacramento del Padre.

A través de Jesús se nos ha manifestado Dios. A Dios nadie le había visto jamás, pero el hijo nos lo ha revelado. Jesús es la palabra hecha carne, el camino, la verdad y la vida y quien lo ve, ve al Padre.

Gracias a Jesús conocemos a Dios. Jesús apareció lleno de misericordia, compasivo con los que sufren, liberador de todos los oprimidos de cualquier mal, sensible con los pobres, libre para anunciar las injusticias, anunciador del reino, paso por el mundo haciendo el bien.

Por eso sabemos que Dios es bueno, clemente ,compasivo, tierno, lleno de misericordia, cercano a los que sufren, deseoso de que su reino de amor y de justicia vaya adelante, Señor de la vida. Cristo es "imagen de Dios visible".

Por esto todos los signos de la liturgia hacen referencia a Jesús: la puerta, el camino, la imagen del Padre, su símbolo mas perfecto, su sacramento.

La Iglesia, signo de Cristo

Dijimos que toda la creación es un símbolo, un "sacramento" de Dios porque nos lo revela. Pero Cristo es "imagen de Dios invisible". Por eso es el sacramento primordial y radical del Padre : "el que me ha visto ha visto al Padre"(Jn. 14,9).

Por mandato de JESÚS la iglesia tiene la gran misión de servir a los hombres. La Iglesia es la comunidad de Jesús, su símbolo, un lugar privilegiado donde la humanidad puede encontrar a Jesús, comulgar con el, continuar su misión. Por eso la iglesia es "sacramento de salvación" , un signo sencillo, humilde y eficaz del amor de Dios por sus criaturas.

La Iglesia es como la casa familiar: todo en ella nos dice algo, nos "habla", nos recuerda algo... no son las cuatro paredes las que hacen de una casa un hogar, sino las personas que la llenan de vida. Así, no son "las paredes" (ni las estructuras, ni el ritualismo) las que hacen que la Iglesia sea "sacramento de Cristo". Es la comunidad de creyentes con su fe en el señor presente quien con el Espíritu Santo da vida al creso, se expresa en la liturgia y se encarna en las instituciones.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles vemos como los cristianos formaban una comunidad de fe, de oración y eucaristía y compartían sus bienes eran el símbolo viviente y comunitario de Jesús ante el mundo que se maravillaba de cómo se amaban los cristianos.

La Iglesia en su totalidad es sacramento de Cristo. La Iglesia como comunidad de fieles, con fe en Jesús resucitado, con su credo, su liturgia, sus tradiciones, sus santos y sus mártires.

Cada cristiano, por su bautismo, participa de esta misión de la "Iglesia-comunidad":

- Comunidad de fe; porque creemos en la palabra.
 - Comunidad de culto; porque celebramos la palabra.
 - Comunidad de amor; porque practicamos la palabra.
- "Celebramos" a Dios - por medio de Jesús- en la liturgia.

La señal de la cruz

Todavía se regala con frecuencia una cruz y son muchos -hombres y mujeres de toda edad- que la llevan colgada al pecho.

A menudo no es más que una "moda". (De todas formas es sorprendente que esa moda "no pase de moda").

La cruz es la más importante señal (signo) del cristiano (no la usan los judíos, islámicos, budistas... ni nadie que no sea cristiano).

Los cristianos usaron permanentemente este signo; se "signaban" con la señal de la cruz al salir y entrar en sus domicilios; al ponerse en camino; al comer, al levantarse y al acostarse...

La señal de la cruz viene a ser como el sello de Cristo, una profesión de fe en la Santísima Trinidad; una afirmación que nos identificamos con Cristo; una invocación de la gracia de Dios implorada por los méritos de Cristo, en la cruz.

"Este es el árbol de la cruz donde estuvo suspendida la salvación del mundo. Venid, adoremos", canta la Iglesia el Viernes Santo.

En muchas Iglesias de Oriente, los cristianos unen los dedos pulgar, índice y mayor al signarse, para expresar mejor la fe en la Santísima Trinidad. En general el signo de la cruz va acompañado de las palabras: "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". Pero los cristianos orientales suelen emplear la fórmula "Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros".

¡La señal de la cruz! Ella es la más inedito y fundamental signo del amor de Dios y de nuestra salvación. El rito de la Iglesia -como sabemos- tiene dos variedades: la de santiguarse, es la forma con la cual significamos que estamos abarcados totalmente por el poder redentor de Dios que se manifiesta en la cruz. La otra se llama

persignarse: consiste en hacer tres cruces pequeñas con el pulgar en la frente, en los labios y en el pecho y con ello imploramos la bendición de Dios sobre nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones.

¿Qué es la bendición?

La bendición de Dios al hombre aparece al comienzo mismo de la creación: "Y Dios los bendijo diciendo..." (Gn 1, 28). Y hablando con Isaac, Dios le asegura: "Yo estaré contigo y e bendeciré" (Gn 26,3).

Bendecir es, en primer lugar, la acción de Dios que manifiesta el propio favor, que concede una protección especial. Cuando le decimos a alguien: "Que Dios te bendiga", queremos expresar nuestro deseo de que Dios lo ayude, lo proteja, le conceda "buenas cosas": salud, trabajo, paz...

"B(i)en-decir", significa, básicamente, "decir, augurar algo bueno". La bendición se expresa sobre todo, con palabras (decir). Pero este decir, estas palabras, no son "cualquier" palabra, son la palabra de Dios. La palabra de Dios es eficaz: realiza y produce lo que expresa. El relato de la creación lo muestra sin equívocos: "Dios dijo: Hágase la luz. Y hubo luz" (Gn 1, 3).

La importancia y la fuerza de la bendición radica en la "seriedad" de la palabra de Dios, quien efectivamente opera lo que su palabra anuncia y significa.

Por esto, en rigor, sólo Dios puede bendecir, porque sólo Dios puede bendecir, porque sólo Dios puede crear, "producir", hacer realidad los deseos que se manifiestan en la bendición. Toda otra bendición hecha por los hombres es un ruego para que Dios bendiga y realice lo solicitado.

La Iglesia nos enseña que "la fuente y origen de toda bendición es Dios bendito que está por encima de todo, el único bueno, que hizo bien todas las cosas para colmarnos de sus bendiciones" (Bendicional, 1).

El hombre religioso tiene la certeza de que con cada bendición que pronuncian los hombres, es Dios mismo el que se expresa como fuente de toda bendición.

Por eso la bendición, al "invocar" a Dios, al reclamar su intervención "en las diversas circunstancias de la vida", es un reconocimiento del origen divino de todo beneficio. No tenerlo presente es como "robarle" algo a Dios, una infidelidad; cuanto menos "una descortesía" con Dios, ya que sólo "del Señor es la tierra y cuanto ella encierra" (Sal 24,1).

En la Biblia, la bendición juega un papel muy importante. No solamente es Dios quien bendice al hombre; es también el hombre quien bendice (alaba) a Dios.

Cuando Dios bendice al hombre, lo ayuda, lo protege, lo guía, lo acompaña con su poder, lo libra del mal, le da fuerzas; en una palabra, lo hace su amigo, lo santifica.

Cuando el hombre "bendice" a Dios, lo exalta, lo glorifica; lo celebra, lo engrandece, lo ensalza; en una palabra, expresando su fe, su gratitud, su esperanza, su amor, le tributa gloria y alabanza.

Las bendiciones en la liturgia

Vimos que los signos fundamentales de la salvación, de la santificación, son los sacramentos y los sacramentales. Las bendiciones, precisamente, son una clase de sacramentales muy importante, porque ellas alcanzan todos los aspectos de la vida.

Una "colección" de bendiciones pertenecientes a las más diversas tradiciones de la iglesia occidental, recoge un total de 2093 bendiciones.

El actual "Bendicional" (se llama así el libro con los textos de las bendiciones) comprende cinco partes:

- Bendiciones que se refieren directamente a las personas.
- Bendiciones que atañen a las construcciones y a las diversas actividades de los cristianos.
- Bendición de las cosas que en las iglesias se destinan al uso litúrgico o a las prácticas de devoción.
- Bendición de ciertos objetos de devoción del pueblo cristiano.
- Bendición para diversas circunstancias.

Como vemos las bendiciones alcanzan, "santifican las más diversas circunstancias de la vida"(SC 61).

La bendición se realiza mediante un rito. Se llama rito al conjunto de oraciones y gestos(estables, fijos) que se emplean en las celebraciones litúrgicas. Así, por ejemplo, se expresa una de las oraciones para la "bendición anual de las familias": *"Dios eterno, que con tu amor de Padre, no dejas de atender las necesidades de los hombres, derrama sobre esta familia la abundancia de tu bendición y santifica con tu gracia a los que viven en esta casa, para que obrando según tus mandatos, y aprovechando el tiempo presente, lleguen un día a la morada que tienen preparada en el cielo.*

Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén".

En muchas bendiciones se emplea el agua bendita y el signo de la cruz. En pocos casos se usa el incienso. Cuando se emplean los santos óleos, se denominan "consagraciones".

La Iglesia al multiplicar bendiciones, al querer "consagrar" todas las cosas, quiere restablecer, rescatar la armonía original de la creación: "Vio Dios todo lo que había hecho y he aquí que todo era muy bueno" (Gn. 1, 31).

Así mismo busca que la bendición de Cristo se extienda a todo el universo. Tal es el sentido de la bendición de un objeto: que, una vez purificado, sirva al bien material y espiritual del hombre. Una vez más es necesario evitar la superstición y la magia, La finalidad última de toda bendición es alabar a Dios y santificar al hombre (un auto bendecido puede chocar como cualquier otro auto).

El efecto temporal y espiritual que se sigue de la bendición depende, de ordinario, de la fe y las disposiciones espirituales del propio sujeto que solicita la bendición.

Las bendiciones miran primaria y principalmente a Dios, cuya grandeza y bondad ensalzan. Pero miran también al hombre a quien rige y protege con su providencia comunicándole sus beneficios. Por la misma razón miran también a las cosas creadas con cuya abundancia y variedad Dios bendice permanentemente al hombre.

La Asamblea litúrgica

Los argentinos somos más bien "individualistas". No nos resulta fácil la participación. Siempre son muy pocos los que se "comprometen y trabajan". Lo mismo nos ocurre en la Iglesia.

Sin embargo, Dios nos quiere "reunidos". Re-unidos, con ese "re" fuerte y expresivo que tanto usa hoy, la juventud: "re-copado"; "re- alegre"; "re- bueno"...

La alianza de Dios con el hombre; su proyecto de salvación (de amistad, de amor, de felicidad) comienza siempre por una "reagrupación" de su pueblo. Los libros sagrados hablan frecuentemente de las "reuniones" –asamblea- del pueblo de Dios: las del Sinaí, la dedicación del Templo por Salomón; la gran Pascua de la restauración del culto bajo Exequias; la gran asamblea, con ocho días de duración, al retorno del exilio.

La primitiva Iglesia caracteriza a los cristianos como "gente que se reúne" (ver los Cáp. 2 y 4 de los Hechos de los apóstoles).

La salvación es una responsabilidad "personal" (nadie puede santificarse por mí). Pero ella se realiza dentro de la comunidad de bautizados. La Iglesia nos enseña que "fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna con otros, sino constituyendo un pueblo"(LG 9).

El cristiano "aislado", "solitario", "individualista", que piensa "poder arreglárselas él solo con Dios"... no ha entendido qué significa la palabra Iglesia. Por el bautismo quedamos "incorporados" a Cristo (formamos parte de "su cuerpo que es la Iglesia"). Por eso Dios nos convoca para que "por él, con él y en él"-como proclamamos en la misa- todos unidos le ofrezcamos un "sacrificio de alabanza".

La reunión de cristianos, reunidos para "celebrar una acción que la Iglesia considera litúrgica" (los sacramentos, los sacramentales, la liturgia de las horas) recibe el nombre de asamblea.

Su importancia es excepcional porque la asamblea-por sí misma- es signo de la presencia de Cristo entre los hombres. "Cristo está siempre presente en la asamblea de sus fieles reunidos en su nombre" (SC 7).

Cuando los cristianos se reúnen para celebrar una liturgia no "suman" la oración de cada uno. Por el misterio de la presencia de Cristo, la oración de cada uno, unido a Cristo y en Cristo a sus hermanos, prolonga y personaliza la oración viva de la Iglesia.

"Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia"(SC 26). La razón de ello es la promesa misma de Jesús: "Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy presente en medio de ellos" (Mt. 18, 20) La Iglesia nos enseña que "Cristo está presente a su Iglesia, sobre todo en su acción litúrgica"(SC 7).

Es conveniente y – necesario- rezar en todo lugar en casa, en el colectivo, en la calle.... pero ninguna oración privada es comparable a la "celebración litúrgica". Esta "por ser obra de Cristo... es acción sagrada por excelencia cuya eficacia no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia"(SC 7).

Cuando por negligencia dejamos de participar en las celebraciones litúrgicas –sobre todo la misa- el cuerpo de Cristo no está completo. Lo expresa con gran fuerza, un documento eclesial del siglo III (la Didascalia Siríaca): "Enseña al pueblo por preceptos y exhortaciones, a frecuentar la asamblea y a no faltar jamás a ella; que estén siempre presentes, que no disminuyan la Iglesia con su ausencia, y que no priven al Cuerpo Místico de Cristo de uno de sus miembros. (...) Ya que nuestro jefe, Cristo, se hace presente según su promesa y entra en comunión con ustedes, no se desprecien a ustedes mismos y no priven al Salvador de ninguno de sus miembros, no desgarran, no dispersen su cuerpo".

La Asamblea, rostro de la Iglesia

¿Qué rostro tendría la Iglesia sin la asamblea? Es verdad que la Iglesia se manifiesta por medio de mil signos: un viaje del Papa, una declaración del episcopado, la prensa católica, Cáritas...

Pero es la asamblea regular (sobre todo la de cada domingo) la que da a la Iglesia su rostro cercano y familiar. A veces (¡demasiadas veces!) da pena ver salir a la gente de misa: apresurada, seria, distante... La asamblea litúrgica es un signo, un testimonio (o un antitestimonio) de la vida fraternal de esa comunidad.

¡Rostros de asambleas, rostros de la Iglesia!

Cualquier asamblea litúrgica, numerosa o restringida; rica o pobre en medios, es manifestación del cuerpo de Cristo en un tiempo y lugar determinados. Es el Señor quien nos reúne en su nombre y ese hecho es signo de la Iglesia y la construye. Nuestras asambleas contribuyen a constituir la Iglesia de Cristo.

¿Pero contribuyen de verdad? Lo que allí ocurre ¿tiene significación para nosotros y para el visitante ocasional? Siempre corremos el riesgo de hacer de la asamblea litúrgica una reunión insignificante.

Para que no sea así: todos somos responsables.

"La santa madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena consciente, y activa, en las celebraciones litúrgicas, que exige la naturaleza de la liturgia misma y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano"

Nos hemos acostumbrado a "ir" a misa; a "asistir" como espectadores de un rito que cumple solo el sacerdote.

En toda celebración hay ministros y servidores que cumplen los diversos oficios. Pero debemos tomar conciencia que en toda celebración litúrgica, la asamblea como tal es el sujeto activo de la celebración. Todos "celebramos", ¡todos somos responsables!

No basta "asistir", hay que "participar". Esta palabra significa "tomar su parte", "ejecutar su parte", ¿Cómo? Ante todo, sabiendo por la fe, que "somos una raza elegida, un reino de sacerdotes, una nación consagrada, un pueblo que Dios eligió para que fuera suyo y proclamara sus maravillas".

Por eso la primera forma de participar es mi presencia. No es indiferente que "vaya o no vaya". Dios me necesita. No es lo mismo una asamblea de diez, de cincuenta o de cien hermanos. Ya recordamos la recomendación de aquel documento llamado "Didascalia": "*Que nadie disminuya la Iglesia no acudiendo a ella, para que no disminuya en un solo miembro el cuerpo de Cristo*".

Además ¿hay un clima fraternal en nuestras asambleas? ¿Nos sentimos unidos a los demás en razón de la misma fe? Hay que ubicarse próximos, cerca del sacerdote que preside; evitar quedarse "en el fondo", evitar el distanciamiento y la indiferencia; saludarse mutuamente.

Sobre esta base, ¡participar en serio! En las oraciones, en las respuestas, en el esfuerzo por "escuchar"; ¡los cantos! Colaborar en los distintos servicios (las ofrendas, la colecta, los cancioneros, las lecturas...). Sin olvidar que la "cima" de la participación es "comunión" el cuerpo y la sangre de Jesús.

Ciertamente es un cambio muy grande en nuestros hábitos "argentinos" y "eclesiales". Pero sólo mediante una

"participación más consciente, piadosa y activa en la acción litúrgica" viviremos la liturgia -no como una obligación- sino como *"la cumbre a la que tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza"*.

Las vestiduras litúrgicas

En las ceremonias litúrgicas, los ministros aparecen "revestidos" con vestiduras especiales (se llama también, "ornamentos"). Algunas son comunes a todos los ministros ordenados el ALBA, la ESTOLA.

Otras son propias de cada ministro o función. Así el ornamento propio del sacerdote que celebra la Misa es la CASULLA; el del diácono, en cambio, es la DALMATICA. (En ambos casos se usan sobre el alba y la estola). Además, el sacerdote puede llevar CAPA PLUVIAL en las procesiones y en algunas otras funciones sagradas. El Obispo, por su parte, tiene algunas vestiduras e insignias que le son propias: el SOLIDEO, la MITRA, el ANILLO PASTORAL, el BACULO y la CRUZ PECTORAL.

El origen de las vestiduras sagradas es muy simple; se derivan de las mismas vestiduras "civiles" que se usaban en el mundo grecorromano.

Pero cuando la "moda" comienza a cambiar (sobre todo por la invasión de los bárbaros), la Iglesia decide no atarse *"al vaivén de la moda"* y continúa utilizando en sus ceremonias, las vestiduras tradicionales (S. VI-VII). Tales vestiduras, con múltiples pero pequeñas variantes de índole práctica y artística, son las mismas hasta el día de hoy.

¿Qué sentido tiene "revestirse", adoptar una indumentaria especial para presidir y actuar en la liturgia?

El vestido no sólo es una necesidad práctica para cubrirse y estar cómodo. El vestido REVELA y SIGNIFICA. Por eso, en todos los pueblos se usan "señales exteriores" que "significan" jerarquía y funciones dentro de esa sociedad; magistrados, militares, médicos, maestros...

Además, el vestido revela de alguna manera nuestro ser profundo, nuestro carácter. Es curioso que la palabra latina "habitus" designe por igual el vestido que cubre el cuerpo como las virtudes, las disposiciones morales que adornan el alma.

El cristiano se propone imitar a Cristo, "despojarse del hombre viejo" y "revestirse del hombre nuevo" ya que "todos los que han sido bautizados en Cristo, han sido revestidos de Cristo". (Gál. 3,27). Esto es válido sobre todo para los ministros que representan y sirven a Cristo en la liturgia. Por eso se "Revisten": para significar que no es el "hombre viejo" quien actúa, sino un "nuevo" personaje revestido de Cristo.

La Iglesia pone de relieve en el simbolismo de las vestiduras, la persona de Cristo representada por sus ministros, y las virtudes que deben resplandecer en esos ministros. Dice el Obispo al entregarlas: *"Que el Señor te revista del hombre nuevo que ha sido creado a imagen de Dios en la justicia y la verdadera santidad"*.

Los colores litúrgicos

Los colores de los ornamentos litúrgicos son como los "semáforos": señales ópticas para orientar nuestra sensibilidad. Siendo tan grande la influencia del color, no podía faltar en la liturgia. Por eso, en las distintas iglesias de oriente y occidente, fue muy variado el uso de los colores de las vestiduras sagradas.

El papa Inocencio III (1188-1216) redujo a cinco los colores usados en la iglesia de Roma: BLANCO-ROJO-VERDE-MORADO-y NEGRO. Esta "indicación" la convirtió en "norma" para la Iglesia Universal, el papa san Pío V, en el misal por él renovado.

El blanco simboliza la luz, la inocencia. Es el color de fiesta y de alegría. Se lo utiliza en los misterios gozosos y gloriosos del Señor; en las fiestas de la santísima Virgen, en muchas fiestas de los santos no mártires y para la administración del bautismo, comunión, ordenación, matrimonio y exequias de párvulos.

El rojo es el color más parecido a la sangre y al fuego. Por eso simboliza el heroísmo del martirio y el amor de la caridad. Se lo usa el domingo de Ramos, el Viernes Santo, en Pentecostés, fiesta de la Santa Cruz (y otras referidas a la Pasión de Jesús) y para las fiestas de los Apóstoles, Evangelistas y santos mártires.. También para administrar el sacramento de la Confirmación.

El verde que es un color de "esperanza", es también signo de vida y frescura. El simboliza la esperanza de la peregrinación cristiana hacia la Casa del Padre. Por eso se lo usa en los domingos y ferias "Durante el Año".

El morado o violeta es signo de penitencia, humildad y modestia, que convida al recogimiento, al retiro espiritual y a una vida más austera que la corriente. Se lo usa durante el Adviento y la Cuaresma. Para administrar los sacramentos de la Reconciliación y la Unción de los Enfermos.

El negro es por costumbre casi general, el color de los lutos privados y aun sociales. Aunque la Iglesia no lo ha suprimido "oficialmente", en la práctica ya no se emplea. Es reemplazado generalmente por el morado.

Para que resplandezca mejor el Misterio Pascual, dentro del luto natural de la muerte, el negro o morado por el blanco o verde (lo mismo que en las misas ordinarias de difuntos).

El rosa siguiendo una antigua tradición que data del siglo XIII, sigue autorizado para el domingo 3º de Adviento y el 4º de Cuaresma. Era una simpática manera de recordar a los rigurosos ayunadores y penitentes de "antaño", que ya estaba cerca la Navidad y la Pascua.

En algunos países y templos (sobre todo en Santuarios de la Virgen), se usa el color azul, para las misas de la Inmaculada Concepción.

La impresión y las emociones que los colores suscitan, pueden, variar según las razas y costumbres (en China el blanco es color de luto y el rojo es el color festivo).

Por eso la Iglesia deja a las Conferencias Episcopales en libertad para estudiar y proponer a la Sede Apostólica las adaptaciones que mejor respondan a las necesidades y modos de ser de los pueblos.

El simbolismo del agua

La iglesia toma de la naturaleza y de las costumbres de los hombres los elementos y los gestos que utiliza en la liturgia. Los elementos y productos naturales más empleados como "signos" en la liturgia son: *la luz; el fuego; el pan y el vino; la ceniza; la cera en forma de cirios o velas (ya hemos hablado de ellos). Además; el agua; el aceite;* (junto con el bálsamo) *y el incienso.*

El *agua* es un elemento indispensable para la vida, por eso su simbolismo es muy rico: Cuando a las plantas les falta agua por mucho tiempo, se ponen amarillentas, se secan, mueren. Pero si llega a tiempo el agua, "revive". También los animales y el mismo hombre necesitan el agua para no morir de sed. Conclusión: *sin agua viene la muerte; con agua florece la vida.*

El agua empleada en la liturgia nos enseña que *la gracia de Dios* es para nosotros como el agua, como la lluvia, como un río: nos da la vida. Podríamos imaginar la vida divina como una inmensa fuente – infinita y eterna – que brota de Dios y hace nacer toda vida, la riega y la hace crecer. Por eso Jesús le dice a la samaritana: *"El agua que yo te daré se convertirá en el manantial que brotará hasta la vida eterna" (Jn. 4, 14).*

* El *agua* es signo de vida. Por eso el *bautismo*, que nos hace nacer como hijos de Dios, se administra derramando agua sobre la cabeza, como un riego de vida divina que transforma nuestro ser. (El agua bautismal se bendice y consagra solemnemente en Vigilia Pascual y, sencillamente, en cada bautismo).

* El *agua* es signo de purificación. La usamos en la vida corriente para lavar, para limpiar. El salmo 50 dice expresivamente:

"Lávame, Señor, y quedaré limpio,
purifícame y quedaré
más blanco que la nieve".

La liturgia usa el agua bendita (se llama "oficialmente", agua *lustral* – del latín "lustrare" = purificar -), en el rito de la exequias (se rocía el cadáver y el lugar de la sepultura en el cementerio); en la dedicación de la iglesia o del altar; en las aspersiones solemnes de los domingos y en muchos sacramentales.

Siempre es "signo" de *purificación y de vida*, y en toda circunstancia nos debe recordar la *gracia del bautismo*: el regalo amoroso de Dios que nos hizo sus hijos.

En la *misa* se agregan al vino unas gotas de agua. Se simboliza con ello, la unión en Cristo de la naturaleza humana y la divina y también nuestra unión a Cristo que se ofrece en el "sacrificio del altar". Hay cristianos que gustan hacerse la señal de la cruz mojándose levemente los dedos con agua bendita. Otros llevan agua bendita a la casa con el mismo fin.

Todo debe ser empleado con *fe*, recordando que este "signo sagrado" del agua bendita quiere *purificarnos* del pecado y darnos la *verdadera vida* que procede del amor de Dios.

El simbolismo del aceite

El aceite se utiliza en la vida corriente como alimento en las comidas; en la preparación de algunos medicamentos y en muchos productos de cosmética. Fortalece, mitiga los dolores, suaviza, aromatiza.

En la Antigua Alianza, juntamente con el pan y el vino, es uno de los elementos esenciales con que Dios sacia a su pueblo. Su uso "litúrgico" lo encontramos en el Antiguo Testamento: se ungen los reyes (1Sam 10, 1; 1Rey 1, 39); los sumos sacerdotes (Ex 29, 7); el altar (Ex 29, 36).

Con la unción, la persona, el lugar, los utensilios, queda elegida, "seleccionada" y "consagrada" para el servicio divino. Los primeros cristianos adoptaron esta práctica como signo de la gracia, del amor de Dios comunicado en los sacramentos. La unción de los enfermos con óleos aparece claramente en la carta de Santiago. (San 5, 14-16).

Los óleos en la liturgia tienen varios significados:

*Siempre significa la efusión de la gracia y la santificación permanente del Espíritu Santo.

*Y "más en detalle", quiere simbolizar protección, curación, fortaleza espiritual; testimonio y compromiso cristiano.

En la liturgia se utilizan tres clases de óleos:

-el Oleo de los enfermos;

-el Oleo de los Catecúmenos;

-el Santo Crisma;

Todos son consagrados por el obispo con gran solemnidad, en la Misa que celebra el Jueves Santo en la iglesia catedral, y que por esa razón se llama "Misa Crismal".

En la actual liturgia la unción aparece en:

*el bautismo (óleo de los catecúmenos y Santo Crisma);

*la Confirmación (Santo Crisma);

*la unción de los enfermos (óleo de los enfermos); la órdenes sagradas (Santo Crisma; a los presbíteros se les aplica en las manos, a los obispos en la cabeza).

También se usa el Santo Crisma en la consagración de cálices, patenas y altares y en la dedicación de las iglesias.

El óleo es un preparado semisólido a base de aceite de oliva. El crisma, es un compuesto de aceite y bálsamo (se agrega bálsamo por su rico aroma, su suavidad y su virtud para evitar la corrupción).

Cuando una persona se perfuma, va dejando a su paso el olor característico del perfume usado. Así también, con el simbolismo del crisma perfumado, la Iglesia quiere que el cristiano ungido, cuando recibe los sacramentos del bautismo y la confirmación, recuerde que participa de la misma vida de Cristo y debe ir por el mundo derramando a su paso "el buen olor" de las virtudes evangélicas (2Cor 2, 14-17)

Haremos realidad en nuestras vidas el gran deseo de san Agustín: "Señor, que viéndome a mí, te vean a ti".

Iconos, Imagen de lo Sagrado

Una ventana al Misterio

El Icono para la Iglesia no es una simple imagen sacra, es un lugar de la presencia divina, una verdadera ventana al misterio que viene a nosotros para colmarnos con su gracia. Con ellos, podemos evocar o conmemorar cada episodio de la vida de Cristo o de los santos, además de la expresión pictórica o escrita del misterio de la encarnación. Todos los iconos se fundamentan en ella. Son Iconos de Cristo todos aquéllos que se refieren a los momentos más significativos de su vida terrena: sean los que representan a su Madre en cuyo seno Virginal «el

Verbo se hizo carne» o los que nos revelan los rostros de santos, hombres y mujeres cómo nosotros, grandes en la fe...

El, que revelándonos el rostro único de Cristo, recuerda a la humanidad su vocación de ser «Imagen y semejanza» de su creador e imitar el amor y la concordia de la Trinidad.

El lenguaje del Icono no está determinado por cada artista; éste está fijado por la tradición de la Iglesia y se ha mantenido inalterable con el correr de los siglos. Presenta la teología en imágenes, espiritualizando formas, sujetos y colores, mostrando la verdad trascendente en éste idioma universal, donde armonía, verdad y belleza se unen en una comunión de lo humano con lo divino, lo visible con lo invisible.

Quiero vivir abrazado
al icono de la Trinidad
sabiendo que el amor
me llama a su fraternidad.
Iconos bíblicos,
que escriben en imagen
los contenidos de la revelación,
para que a nuestra vida la alcance
la gracia de nuestro Dios,
y como incienso se levante
el vuelo de nuestra oración.
Iconos de los santos y santas de Dios,
que acompañan a nuestra Iglesia
en su continuo peregrinar de amor,
inspírennos con su ejemplo
para seguir las huellas del Señor.
Pantocrátor omnipotente,
que nos llevas a tu gloria,
verdad, camino y vida del hombre
para insertarnos en tu historia.
Virgen Hodigitria,
que nos señalas al salvador,
muéstranos el camino
para llegar a su perdón.
Madre de la ternura,
en ti me quiero abandonar,
sabiendo que Jesús en tus brazos
nos entrega su infinita bondad.
Virgen del Signo,
que nos diste a Jesucristo,
de tu seno surge gloriosa
la fuente del amor divino.
Iconos, iconos, iconos...
ventanas de los cielos,
donde la vida de Dios uno y trino
nos sale a nuestro encuentro,
y, al contemplarlos en silencio,
nos derraman su amor eterno.
P. Hernán Pérez Etchepare, ssp

El incienso

Los cristianos heredamos el uso del incienso de la liturgia judía. En el Antiguo Testamento aparece un "altar de los perfumes" (Ex. 30,1-10) e incensarios (1 Rey. 7,50); cada mañana y cada tarde se practica un sacrificio con perfume (Ex. 30,7; Lc. 1,9ss) y en el Apocalipsis, san Juan vio muchos ángeles que quemaban incienso "que son las oraciones del pueblo santo" (8,3).

El incienso es una resina vegetal perfumada. Se presenta en forma de granitos amarillos que, en el uso litúrgico, se quema. El utensilio que contiene las brasas se llama "incensario" y también "turíbulo" (del latín "thuribulum").

El simbolismo de la incensación es muy rico: al simbolismo propio del *fuego*, el incienso añade el *humo* y el *perfume*.

*El *humo* que sube "significa" el elevarse de la oración hacia el cielo, semejante al gesto de levantar las manos. Por eso expresa el salmo 140: "Que mi oración suba hasta ti como incienso, y mis manos en alto como ofrenda de la tarde".

**Quemar* algo, en la liturgia, siempre es "signo" de adoración y equivale al ofrecimiento de un sacrificio. (1 Rey. 22, 44; 1 Mac. 1, 55). Quemar algo *totalmente* (eso quiere decir la palabra "holocausto"), es la forma más expresiva de desprenderse de ello, de reconocer el "dominio" de Dios.

*El *perfume* le añade un elemento de agrado y de belleza.

El hombre siempre necesitado de *imágenes sensibles* para hablar de Dios y con Dios, hace aparecer a Dios "aspirando aroma agradable" del sacrificio que le ofrece Noé (Gn. 8, 21).

La Iglesia quiere que la liturgia – las ceremonias, los ritos- se adapten a la cultura de cada pueblo. Por eso, en la actualidad, *deja libertad* en el uso del incienso. Pero es notable observar la cantidad de ocasiones en que se *lo puede emplear* si se lo desea.

* Puede usarse libremente en cualquier forma de misa:

a) durante la procesión de entrada;

b) al comienzo, para incensar el altar;

c) en la procesión y proclamación del evangelio;

d) en el ofertorio, para incensar las ofrendas, el altar, al sacerdote y al pueblo;

e) al elevar la hostia y el cáliz en la consagración, en la adoración eucarística, en el rito de las exequias, en las procesiones, para honrar una imagen sagrada, en el rito de bendición de objetos y elementos de culto y de piedad personal, el incienso aparece también en el rito de la "dedicación del altar". El obispo explica el rito con palabras que sintetizan todo lo dicho:

"Señor, ascienda hasta ti mi oración
como el incienso.
Y como esta casa se llena de buen olor,
Así el buen olor de Cristo llene tu Iglesia".

El Anillo Matrimonial

Cuando en la celebración del matrimonio por Iglesia, los novios se ponen mutuamente el anillo en el dedo, acompañan ese gesto con estas palabras: "...recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad".

Algo parecido se le dice al obispo en su consagración: "Toma este anillo que es signo de fidelidad, pues con fidelidad inquebrantable has de preservar incontaminada a la esposa de Jesucristo, que es la Iglesia".

A las religiosas - en muchas órdenes religiosas – se les entrega un anillo cuando emiten los votos perpetuos. Lo mismo está previsto en el rito de "Consagración de vírgenes".

El anillo tiene una larga historia. En Grecia, era señal de "hombre libre". Los romanos llevaban sencillos anillos de hierro, precisamente como "casados". Más tarde el anillo, sobre todo como anillo de "sello", pasó a ser señal para reconocer a un mensajero, un signo de poder político o como testimonio de pertenencia a una familia. (De este tipo era el anillo que el faraón egipcio entregó a José o el anillo que el padre del hijo pródigo mandó ponerle tras su regreso a la casa paterna).

Los anillos del matrimonio son llamados alianzas. Un concepto bíblico riquísimo que recuerda siempre "la *alianza* inquebrantable de Dios con su pueblo". Alianza que implica y exige *amor* y *fidelidad*.

Los profetas se sirven constantemente de la experiencia matrimonial para conducirnos a la comprensión del amor de Dios. Es ejemplar, en este sentido, la narración de Oseas que, a su vez, influye en Jeremías y Ezequiel.

Dios se presenta como un esposo que con ternura y fidelidad sin medida, sabrá ganar a Israel. Son conmovedoras y ricas las expresiones con que se describen el misterio de la alianza: *fidelidad, bondad, misericordia, amor constante, celoso, exclusivo y total*.

Es curioso: la Biblia se abre y se cierra con la imagen y la alegría de las bodas; las del hombre y la mujer en el jardín del Edén (Gn); las del nuevo Adán (Rom 5), y la nueva Eva (Apoc 12), al final de los tiempos.

Sabemos que hoy está amenazada, más aún, "despreciada" y casi combatida la virtud, el valor de la fidelidad y la lealtad matrimonial. Nos quieren convencer que es propio de *retasados* mantener la palabra dada en el matrimonio.

Pese a ello, también hoy se intercambian y ponen los anillos. Y dadas las circunstancias apuntadas, *usarlos* es un verdadero "signo" de esperanza en el triunfo de la fidelidad. Es además, un "testimonio" frente a las frívolas estadísticas que hablan de incapacidad o de falta de voluntad para mantenerse fiel.

"Te pedimos, Señor,
que bendigas a los esposos.
Que se comuniquen mutuamente
las riquezas del amor que los ha unido,
y manifiesten tu presencia entre ellos,
siendo un solo corazón y una sola alma".

Las imágenes

"De acuerdo con la tradición, la Iglesia rinde culto a los santos y *venera sus imágenes* y sus reliquias auténticas". Así se expresa el Concilio Vaticano II (SC. 111).

"Mosaicos", "pinturas" y "esculturas" se encuentran en las catacumbas y en las primitivas "casas de reunión" (*domus ecclesiae*), pues así se llamaron los primeros lugares de reunión de los cristianos. Al comienzo no cumplieron una función "litúrgica", sino más bien "docente": "La pintura es para los ignorantes lo que la escritura es para los que leen", diría sobre el tema san Gregorio Niceno (+ 394).

Nuestros hermanos protestantes (y maliciosamente las sectas) nos reprochan esta costumbre. Insisten que nosotros "adoramos" imágenes. Los más "ilustrados" de ellos, nos citan el Antiguo Testamento (Ex. 20,4; Deut. 4,16) y muchos católicos quedan desconcertados. (Si tomamos *un solo versículo* de la Biblia, sin atender al *conjunto*, sacándolo de "contexto" en que fue pronunciado... a la Biblia le podemos hacer decir "cualquier cosa". ¡Sepámoslo! Y ante cualquier duda consultemos al sacerdote.

En los textos citados el autor sagrado no pretende reaccionar, principalmente contra una *representación sensible* de Dios. (Nuestra naturaleza humana necesita "cosas sensibles". Toda la Biblia está llena de "imágenes", "expresiones" y "conceptos" humanos referidos a Dios). Los autores sagrados citados luchan contra la "magia idolátrica" de los pueblos vecinos a Israel. Por eso, ya el segundo Concilio de Nicea (año 787) al condenar a quienes destruían las imágenes puso en claro esta cuestión: "la honra dada a la imagen es para el prototipo y quien venera la imagen, *venera con ella a la persona a la que representa*". ¿No hacemos algo parecido con las fotos y los recuerdos de nuestros seres queridos? Las instituciones y los pueblos ¿no tienen cuadros, esculturas, monumentos de sus hombres ilustres? Nadie, en tales circunstancias, piensa "adorar" un pedazo de cartulina, de mármol o de bronce... Las representaciones sensibles *nos recuerdan a las personas, sus virtudes y méritos*.

Los cristianos creemos – siguiendo a san Agustín – que "coronando sus méritos (de los santos), Dios corona su propia obra". Un santo es un cristiano que ha vivido con los ojos fijos en Cristo para reproducir su imagen lo más fielmente posible. La Iglesia los "canoniza" (los declara santos) por esa razón. *Quien ve un santo ve a Cristo*. Y cada uno de ellos puede repetir con san Pablo: "Sean imitadores míos como yo lo soy de Cristo" (1 Cor. 11,1).

Al venerar las imágenes de los santos, ya sea en las iglesias, en los hogares, talleres, oficinas o lugares públicos, recordemos que la Iglesia los propone no sólo como ayuda, sino más aún como *modelos y ejemplos* de vida cristiana. Todo santo es una "alabanza de la gloria de su gracia" (Ef. 1,6). El mayor honor que le podemos tributar es "parecernos" a ellos.

Reacciones frente a la renovación litúrgica

El mundo católico en su gran mayoría acogió la reforma con gozo y grandes frutos, aunque siga siendo necesario un esfuerzo persistente para adecuarse mejor a ella. Pablo VI, eminente catequista de la renovación litúrgica, decía al respecto: "No debemos dudar en hacernos primero discípulos y luego continuadores de la escuela de oración que va a comenzar. Puede suceder que las reformas afecten a costumbres muy queridas, y acaso también respetables; puede ser que las reformas exijan un esfuerzo no grato frente a dichas costumbres; pero debemos ser dóciles y tener confianza: el plan religioso y espiritual que nos ofrece la nueva Constitución Litúrgica es estupendo".

El sector de la Iglesia que ha rechazado el Concilio, también ha manifestado una resistencia tenaz y porfiada a la renovación litúrgica, considerada como la bandera de la renovación conciliar. Han sido – y son en parte- numerosos los grupos y boletines de los contestatarios. Algunos se contentaban con pedir licencia para seguir celebrando la misa en latín. Pero otros desencadenaron una batalla desleal y cargada de prejuicios, incluso con acusaciones vulgares y absurdas contra personas, propalando que se había introducido en la Iglesia una conspiración judeo-masónica o comunista que amenazaba la unidad del catolicismo.

El caso más sonado fue la publicación de una obra de un escritor católico, *La tunica stracciata* (La túnica rasgada), un libelo difamatorio e injurioso contra instituciones y personas promotoras de la renovación, prologado incluso por un miembro del Sacro Colegio del Vaticano. También varios periódicos y revistas de la capital romana se unieron a dicho escritor en defensa de la liturgia tradicional, del latín y del canto gregoriano y polifónico. El mismo Pablo VI debió intervenir para apoyar el trabajo del *Consilium*; pero los opositores llegaron al extremo de acusar de herejía al mismo Papa.

La más violenta oposición se centró en el nuevo Misal, acusado de errores doctrinales del protestantismo. El colmo de la oposición se alcanzó con la divulgación de un *Breve examen crítico del Nuevo Orden de la Misa*, previamente presentado al Papa nada menos que por dos cardenales. La mentalidad fijada en el pasado no permitía reconocer el sentido pleno de términos tomados de la mejor tradición patristica, como, por ejemplo: *Cena del Señor, Memorial*, etc.

Pablo VI quiso que la *Institutio* sobre la liturgia estuviese precedida por un prólogo para ilustrar la continuidad del nuevo Misal con la tradición litúrgica en los elementos esenciales, y la inmutabilidad de la fe y de la doctrina de la Iglesia acerca del misterio de la Eucaristía, aun cambiando formas de celebrarla. Pero de nada sirvió para amainar la oposición a toda mejora. Y así se llegó a una contraposición irreconciliable entre el Misal de Pío V y el de Pablo VI. La obstinación y las acusaciones de herejía respecto al nuevo Misal y al Papa, y el rechazo del Concilio Vaticano II, sofocaron el diálogo a favor de una coexistencia pacífica entre las fórmulas antiguas y las nuevas.

La oposición tuvo – y tiene aún, si bien aislado del episcopado universal – a un notable defensor en monsr. Marcel Lefevre. Pero la admirable paciencia de Pablo VI logró que no se llegase peores disensiones. Con todo, la insistencia machacona sobre la supuesta peligrosa audacia de la reforma, las calumnias, incluida la última de asociación con la masonería por parte de los promotores de la reforma, encontraron apoyo incluso en algún colaborador directo del Papa, con gran dolor de este.

Y en el extremo opuesto había otros, mucho menos agresivos y a nivel de estudios, que consideraban la reforma como imperfecta y demasiado tímida, no adaptada a la evolución cultural y a las necesidades del mundo moderno. Estos aportaron algunas observaciones y sugerencias válidas, pero adolecían de una perspectiva parcial y subjetiva, pues la liturgia no puede estar a merced de teorías personales ni es monopolio de grupos elitistas. Por eso la reforma ha tenido en cuenta la situación de la Iglesia universal, las exigencias de la genuina tradición y del sano progreso, para que todos puedan insertarse en el camino trazado.

Perspectivas

Gracias a la reforma, las comunidades cristianas eclesiales están ya gozosamente fundamentadas sobre la liturgia, en especial sobre la celebración eucarística, situada al centro de la vida de la Iglesia y de cada cristiano católico.

La reforma, como toda obra humana, no ha sido ni es perfecta, por más que en ella hayan puesto toda su inteligencia y corazón personas muy valiosas y competentes. Y menos aun por tratarse de la reforma más amplia que jamás haya conocido la Iglesia en el ámbito litúrgico y realizada en un tiempo récord. Queda mucho para hacer, desarrollar, completar, madurar, vivir. La liturgia pertenece a la vida de la Iglesia y debe caminar con ella, pues la vida no se detiene. Y si se detiene, languidece y muere.

El lenguaje, la mentalidad, las actitudes, las costumbres, gestos, los géneros literarios y musicales, la cultura, cambian rápidamente, afectando a los fieles destinatarios de la liturgia, como a todo el mundo, y la Iglesia no puede quedarse al margen del avance de la cultura y de la historia siempre en marcha. Surgen nuevas situaciones, de modo muy especial en relación con los medios y la cultura de la comunicación social, con el mundo juvenil, del trabajo y de la ciencia. La liturgia, como acción de Cristo y de la Iglesia para la salvación de todos los hombres sin excepción, debe hacerse permeable a las nuevas situaciones, a ejemplo del apóstol Pablo: "Me hice todo a todos para salvarlos a todos".

La reforma ha recogido lo mejor de la bimilenaria tradición de la Iglesia y ha tenido muy en cuenta la realidad pastoral del tiempo en que se verificó. Pero ha faltado, por ejemplo, la aportación de las ciencias antropológicas y de las leyes y grandes posibilidades de la comunicación social en incontenible progreso, que pueden dar un aporte insospechado a la liturgia y a la vida de fe. Por eso al lenguaje litúrgico le falta fuerza comunicativa, pues en muchos textos se refleja el clima humano y cultural de épocas muy lejanas por las condiciones de vida, de cultura y de la misma experiencia de fe.

La atención de la reforma se centró en promover la participación activa y celebrativa de los fieles en la liturgia, y en preparar los instrumentos que la facilitan, pero no se ha valorado la incidencia que la secularización tiene en la liturgia, ni la relación decisiva que con ella tienen las formas devocionales de la religiosidad popular. El estudio de esta relación ha sido aplazado. El desarrollo de la doctrina sobre la Iglesia y los sacramentos, así como la maduración de la fe y las formas de vida comunitaria de las comunidades cristianas, necesitan una actualización permanente.

La reforma ha puesto unas bases sólidas y ha trazado unas líneas abiertas a desarrollos futuros de la liturgia, en continuidad con lo hecho y vivido. Ella misma alienta la renovación continua de la vida cristiana, promueve el sentido comunitario, la participación activa y responsable, los ministerios, la adaptación. Son realidades que orientan a la comunidad cristiana en dirección de la meta propuesta por la Constitución Litúrgica: contribuir a que los fieles expresen en su vida y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza propia de la Iglesia. (Cfr. SC, 2).